



Revista Mensual de Orientación y Cultura dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año XVIII

San Salvador, C. A., Septiembre de 1963.

NUMERO 185

ORIENTACION

IGNORANCIA VERSUS DEMOCRACIA

En el pasado Julio se celebró en Caen la tradicional asamblea de las llamadas Semanas Sociales Francesas, dedicada este año al estudio de la sociedad democrática.

Con este motivo escribió a dicha asamblea una carta el Cardenal Amleto Cicognani, Secretario de Estado, en nombre del Sumo Pontífice, en la cual se resume con extraordinaria claridad la doctrina de la Iglesia sobre este punto de tanta actualidad y se insiste, sobre todo, en la necesidad de que exista un auténtico diálogo entre autoridad y súbditos, como condición esencial para la existencia de una verdadera democracia.

Ello nos lleva a recoger el tema en estas columnas y exponer con esta ocasión algunas consideraciones que creemos serán muy útiles en nuestro medio.

LA DEMOCRACIA NO ES UNA ETIQUETA.

Es evidente que la democracia no consiste en una etiqueta, en un nombre, que se pega a un régimen de gobierno, como se puede pegar un letrero a un producto comercial.

Pueblos tan dispares en su organización política como lo son los EE. UU., Costa Rica o

Francia por una parte y Rusia, Cuba, China o cualquiera de las repúblicas populares que funcionan tras el telón de acero o de bambú por otra, pretenden para sí este título con exclusividad. Si escuchamos a sus defensores, todas ellas son verdaderas y auténticas democracias.

LO QUE ES UNA DEMOCRACIA.

Pero la democracia no es cuestión de nombre sino de realidades. La democracia más que una "política" es un "modo de ser", que reside más en los ciudadanos que en la misma autoridad, es como una marcha incesante hacia la conquista progresiva de una libertad responsable, lo más amplia, segura y ordenada que sea posible para todos; para los particulares, para las sociedades intermedias y para la autoridad pública. (1)

"La Iglesia es bien sabido —dice el Cardenal Cicognani—, no prefiere ni rechaza forma alguna de Gobierno, con tal de que sea justa y apta para procurar el bien común de los ciudadanos". En efecto, tal modo de pensar es tradicional en la Iglesia. León XIII, así lo declaró en su encíclica "Diuturnum illud" en 1881 y se confirma con las palabras de Pío XII en su ra-

(1) El P. Jean-Yves Calvez en el libro "Democratie aujourd'hui" ("Bibliothèque de la Recherche Sociale", Paris, Spes, 1963, pág. 48), considera a la democracia como "un sentimiento, una preferencia, un amor" y cita los siguientes testimonios de conocidos escritores franceses: "La democracia es un modo de ser con respecto a los otros, un estilo de vida personal y social, y no una ideología, una doctrina, un sistema. Yo diría que no existe la democracia, sino sólo existen los demócratas, los cuales no pueden pensar todos lo mismo, ni esperar las mismas cosas de la democracia", ROVAN, Joseph, "Une idée neuve, la démocratie", Paris (Edit. du Seuil, 1961, p. 201). "La democracia es hoy una filosofía, una manera de vivir, una religión y casi accidentalmente una forma de gobierno. Un significado tan rico le viene tanto de lo que es ella en efecto cuanto de la idea que se hacen de ella los hombres, cuando ponen en ella la esperanza de una vida mejor. Disociar lo que es en ella realidad de lo que es creencia, llevaría a hacer incomprensibles no sólo el dinamismo que la anima sino aun las instituciones positivas; porque éstas no tienen sentido sino en función de la mística que la anima". BURDEAU, Jorge, "La démocratie" (Edit. de La Baconnière, Paris, 1956, pág. 5).

diomensaje de Navidad en 1944, en el que trató expresamente del tema de la democracia. "La democracia que la Iglesia aprueba —continúa el Cardenal— está menos unida a un régimen político determinado que a las estructuras de las que dependen las relaciones entre el pueblo y el Poder, en la búsqueda de la prosperidad común".

Y añade con evidente lógica: "Esta relación supone una sociedad de personas libres, iguales en dignidad y que gozan de derechos fundamentalmente iguales, con plena conciencia de su personalidad, de sus deberes y de sus derechos en el respeto a la libertad de los demás. Cada uno empleando al servicio del bien común la mejor de sus actitudes, sostiene en un esfuerzo de solidaridad a sus hermanos menos favorecidos por la naturaleza o las circunstancias. Quienes ejercen el Poder no se abandonan a la arbitrariedad o al favoritismo, no buscan su propia ventaja, sino la del país. Aceptan con este propósito los controles necesarios ejercidos por la representación nacional e impuestos por las leyes fundamentales, libremente aceptadas y razonablemente promulgadas. Su autoridad imparcial y fuerte, no tiene preferencia sino en favor de los más débiles".

La democracia supone un auténtico diálogo a todas las escalas, no sólo de los ciudadanos privados entre sí; "la misma necesidad de diálogo se impone también en las relaciones entre los cuerpos intermedios y el Estado". Estos cuerpos intermedios son, a no dudarlo, los organismos infrasoberanos que viven con autonomía suficiente sin depender del Poder Supremo en aquellos Estados que se constituyen conforme a las sabias normas, defendidas también por la Iglesia, de la organización corporativa. "Las decisiones fundamentales —continúa la carta— cuando se trata del acoplamiento de la economía nacional o del territorio nacional, del equilibrio entre los diversos sectores, de la expansión económica que hay que normalizar, corresponden a la autoridad pública, porque se trata del bien común. Pero los grupos intermedios, sociales o económicos, serán normalmente consultados y escuchados; más aún, llamados a aportar sus informaciones, sobre los cuales puede apoyarse una decisión lúcida".

Es el modo de evitar la pugna y convertirla en consolidación de la autoridad estatal.

NECESIDAD DE UNA EDUCACION

Pero para que pueda existir este diálogo a todas las escalas es necesario que los que toman parte en él sepan dialogar. En otras palabras: de nada sirve la concesión de libertad a gentes que por su incultura no han de poder sacar partido alguno de ella.

Esta conquista de la libertad ha de ser la de una libertad "responsable", es decir radicada en

individuos que "sepan" hacer buen uso de ella. De lo contrario se corre el gravísimo peligro de que se convierta en libertinaje y de que se emplee con el único o principal fin de evadirse de la ley los de abajo y de aplicar arbitraria e injustamente la misma los de arriba.

Porque una democracia, no lo olvidemos, requiere esta actitud responsable en todos, gobernantes y gobernados, y no sólo en estos últimos; y tan dañosa puede ser esta falta de ponderación, de ecuanimidad en buscar el bien común, en los que obedecen como en los que mandan.

Ahora bien: así como sería suicida el que un padre de familia tolerara toda actitud voluble y caprichosa de sus hijos, cuando éstos no hubieran adquirido con la edad y la experiencia el necesario discernimiento para saber de verdad qué es lo que les conviene, del mismo modo una libertad omnímoda concedida a gentes inmaduras llevaría a esa sociedad al caos.

De aquí la necesidad imperiosa de ayudar a los ciudadanos a salir de esa situación de infantilidad producida por la ignorancia, si queremos que la realidad objetiva responda a una situación de derecho, que respaldan acaso legislaciones muy bien intencionadas y perfectas en su contenido. De aquí la necesidad de incrementar, de extender la educación (también la instrucción sin duda) en todos los órdenes: en los más bajos niveles sociales y en los más altos. Y mientras a esta educación cívica no acompañe una formación moral conveniente (que en los países de Iberoamérica deberá ser la católica, de acuerdo con su religión) la democracia no pasará de ser un nombre muy bonito, una aspiración ideal, pero nada más.

Y en este punto es curioso y daría pie a instructivos descubrimientos el descuido (no lo llamemos empeño) en el que nuestros laicos han dejado la educación del pueblo. En la mayor parte de nuestras Repúblicas se ignora por el pueblo los derechos que le asisten, en virtud de las leyes fundamentales y se ignora el modo cómo pueden ejercitarlos, lo cual no debe extrañarnos si el porcentaje fuertemente elevado de analfabetismo prueba la escasa o ninguna cultura de los mismos.

En la mayor parte de nuestras Repúblicas el alto porcentaje de analfabetismo está denunciando de modo harto evidente el abandono casi total en el que se ha tenido al pueblo soberano. Y decimos en la mayor parte, porque también entre nosotros se dan honrosas excepciones. Una de ellas, la más cercana y la más evidente, es sin duda la de Costa Rica, país de una madurez política muy elevada y donde a la mayor cultura (será casualidad?) se junta un elevado índice de religiosidad, conservada e incrementada no sólo porque posee un excelente y abundante clero católico, sino también porque sus gobernantes han sabido respetar, como corresponde a verdaderos demócratas, los sentimientos cató-

licos de sus gobernados y han añadido a su solicitud por la instrucción pública su apoyo a la labor de la Iglesia, dentro de la libertad de cultos que proclama la Constitución vigente. (1)

No es necesario aducir aquí estadísticas que confirmen estas diferencias en el terreno de la educación popular, pues son harto conocidas de nuestros lectores.

Esta falta de formación cívica y moral en la mayor parte de nuestros pueblos es la razón principal que explica la manera autoritaria (y desde luego muy poco democrática) con la que se han producido con demasiada frecuencia nuestros gobernantes. Se han producido y se siguen produciendo, como es notorio por ejemplo en México, donde impera la dictadura colectiva de un partido que viene detentando el poder por lustros sin fin de modo inevitable, como es notorio en varias de nuestras Repúblicas centroamericanas, como es notorio en Sudamérica, donde la población india muy numerosa no "cuenta" apenas en la marcha del país. (2)

Y, de ordinario, ésta también es la causa, seamos sinceros, de los abominados "cuartelazos" que se producen de tiempo en tiempo y que se atribuyen siempre a ambiciones de los militares, pero que en muchas ocasiones tienen su explicación (y hasta su justificación) en la solemne ineptitud con la que actúan nuestros políticos hasta conducir la cosa pública al borde del caos. Si a ésto se añade la subversión atizada hábilmente por los comunistas extranjeros y seguida dócilmente por sus "camaradas" criollos, se tendrá una pintura muy realista de lo que hoy por hoy es la situación en casi todo Latinoamérica, donde es raro el Presidente que puede concluir en paz su período de mandato sin que se vea desplazado por las ambiciones de unos u otros.

Es, pues, necesario romper el círculo vicioso: regímenes de fuerza motivados por la incultura

popular, incultura popular tolerada por los de arriba. Círculo vicioso que se romperá, andando el tiempo, cuando a la mejor formación de las clases superiores corresponda también un anhelo constante por la educación de los de abajo.

Afortunadamente el esfuerzo actual de las campañas de alfabetización muestra un buen deseo, muy de alabar, en nuestros gobernantes. Pero queda todavía mucho por hacer en este aspecto. Y mucho más queda aún en el otro de la necesidad de juntar a la instrucción una verdadera y sana formación moral cristiana, absolutamente necesaria si se busca de verdad esa elevación cultural necesaria para llegar a la verdadera democracia. Porque da pena (diríamos risa, si no fueran tan trágicos los resultados) el empeño ridículo de conseguir una conducta moral digna a base de la trasnochada "moral cívica", que hoy día se sigue explicando en nuestras escuelas públicas y Liceos y que no sirve sino para enviar a nuestra juventud a las Universidades desprovista de todo criterio sólido, para ser fácil presa de los errores filosóficos del comunismo. La experiencia de estos últimos años es demasiado elocuente a este respecto. (3)

Huelga decir a la distancia que nos encontramos todavía de ese "auténtico diálogo a todas las escalas" de que nos hablaba el Cardenal Cignani. Para que funcionen bien esas "estructuras, de las que dependen las relaciones entre el pueblo y el poder en la búsqueda de la prosperidad común", hay que comenzar por tener primero un verdadero "pueblo" y no una "masa", como tenemos ahora, masa que es incompatible con una verdadera democracia. (4)

Pero no por ello hay que desanimarse, ni cejar en la empresa. El camino es también claro y afortunadamente hay evidentes señales de que se ha comenzado a andar por él.

(1) En Costa Rica se admite la enseñanza de la religión en las escuelas del Estado y tiene validez oficial el matrimonio católico.

(2) Un notable escritor de Guatemala, León de Gandarias, escribe en su libro "La Reforma Social", recientemente publicado por la Editorial "Studium" de México: "Es verdad que también en nombre de la democracia se han cometido graves atentados contra la libertad y se han sostenido a través de los tiempos los sombríos baluartes del despotismo".

(3) Véase sobre este asunto "ECA", En-Feb. 1962, "¿Qué hacen de nuestros hijos?", por Luis A. Cabrales, alto funcionario del Ministerio de Educación de Nicaragua. Dice del Programa de Moral y Filosofía, después de exponer los inocentes "ejercicios" con los que se pretende formar la voluntad de la juventud nicaragüense: "El programa comprende la exposición de numerosas doctrinas filosóficas, así sean las más extravagantes. Jóvenes de dieciocho años hacen un recorrido veloz e intrincado desde Platón a Sartre. ¿Qué puede quedarles de ello sino confusión, escepticismo, y en algunos pedantería?". El beneficiado por este sistema sin criterios válidos y sin formación moral y filosófica que les ayude a caminar por la vida es el Comunismo, que está haciendo riza entre nuestra juventud.

(4) Dijo muy bien el Papa Pío XII hablando de el "problema de la democracia" en su radiomensaje de Navidad de 1944: "Pueblo y multitud amorfa o, según suele decirse, "masa", son dos conceptos distintos. El pueblo vive y se mueve por su propia vida, la masa de por sí es inerte y no puede ser movida sino desde afuera. El pueblo vive de la plenitud de vida de los hombres que lo componen, cada uno de los cuales —en su propio puesto y según su propio modo— es una persona consciente de su propia responsabilidad y de sus propias convicciones. Por el contrario, la masa espera el impulso del exterior, fácil juguete en manos de cualquiera que explote sus instintos o sus impresiones, dispuesta a seguir, cambiando sin cesar, hoy ésta, mañana aquella otra bandera. De la exuberancia de vida de un verdadero pueblo se difunde la vida abundante, rica, por el Estado y por todos sus organismos, infundiéndoles, con un vigor sin cesar renovado, la conciencia de su propia responsabilidad, el verdadero sentimiento del bien común".

Y añade el Papa: "De donde se deduce clara otra conclusión: LA MASA —SEGUN NOS LA ACABAMOS DE DEFINIR AHORA— ES LA ENEMIGA CAPITAL DE LA VERDADERA DEMOCRACIA Y DE SU IDEAL DE LIBERTAD Y DE IGUALDAD".